



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Investidura del
Excmo. Sr. D. Antonio Muñoz Molina
como Doctor Honoris Causa

LAUDATIO

a cargo del

Prof. Dr. José Luis Buendía López
Profesor Titular de Literatura Española
UNIVERSIDAD DE JAÉN

“Mágina es sobre todo el barrio donde me crié y las personas a las que pertenezca, las cuestas empedradas y los callejones de San Lorenzo y de Santa María, los patios en que hay un pozo donde el agua es salobre, y siempre está transparente y helada, los cascos o el recuerdo de los cascos de los caballos y los mulos sonando sobre los adoquines: no la ciudad de los palacios renacentistas, sino la de los trabajos y los días de la gente del campo, que ya es mayor y se ha jubilado o se ha muerto, dejando vacías las plazuelas donde yo jugaba de niño y entregados a la maleza los huertos que en otro tiempo poseían una feracidad legendaria. En ese punto la Úbeda arcaica y campesina de mi infancia y la Mágina de mis libros se me vuelven idénticas: las dos solo existen en los recuerdos y la literatura”.

Excmo. y Magnífico señor Rector.

Ilmo. señor presidente del Consejo Social de esta Universidad.

Excmas. e Ilustrísimas autoridades.

Claustro de la Universidad.

Miembros de la Comunidad Universitaria.

Señoras y Señores:

Hace más de veinte años, en un caluroso día del mes de agosto, me dirigía a la plaza de San Lorenzo de Úbeda para saludar a mi amigo Antonio Muñoz Molina, el cual todavía no había escrito las maravillosas palabras que acabo de leerles y que marcan la más perfecta simbiosis literaria de la segunda mitad del siglo XX entre la invención y la memoria, labor que el novelista simplifica en una frase de alto contenido emocional: “el narrador -afirma- es alguien que ha vivido o presenciado una experiencia límite o que, después de haberla oído, cumple la tarea de repetirla a los otros”. El escritor, en aquel lejano 1985, acababa de publicar su segundo libro de artículos periodísticos: “Diario del Nautilus”, que constituyó una brillante secuela de “El Robinsón urbano”, que vio la luz un año antes y que a mí me parecieron diseñados por la mano de un pintor del Renacimiento.

A pesar de ello, el estrago de las palabras sobre su realidad más inmediata, bullía en aquellos instantes sobre su cabeza. Aquel día me enseñó el manuscrito de una novela que tenía terminada y deseaba publicar, se llamaba, se llama, “Beatus ille” y fue editada por Seix Barral al año siguiente, consiguiendo el valioso premio “Ícaro” por su extraordinaria calidad, inaugurando así una cadena ininterrumpida de galardones que sería prolijo tratar de resumir siquiera, pero a los que forzosamente habremos de referirnos en esta alabanza de los méritos y solicitud de honores académicos que reclamamos para tan ilustre novicio.

El Departamento de Filología Española de esta Universidad, propuso al Claustro de la misma el nombramiento del escritor Antonio Muñoz Molina como Doctor Honoris Causa, propuesta que fue aceptada sin fisuras y que hoy llevamos a cabo, con el enorme

gozo para quien les habla, de haber recibido el honor de realizar esta Laudatio para justificar el nombramiento, tarea ociosa por otra parte, porque los méritos del escritor exceden con mucho a las palabras que hoy pudieran brotar de este modesto profesor de literatura, sin más méritos que desempeñar esta labor en esta casa desde hace 34 años y ser amigo personal del designado y lector apasionado y temprano de la totalidad de su obra. Dispongámonos a ello con la seguridad de mi agradecimiento a los que me lo han propuesto, confiando en exceso en mi capacidad para llevar a cabo tarea tan compleja.

Muñoz Molina nació en Úbeda el 10 de Enero de 1956 y desde que comenzó a tener uso de razón convirtió su vida en una lente bifocal con la que observaba por un lado esa espléndida realidad de su entorno y por otro, como el protagonista de “El viento de la luna”, su última novela, lo que sucedía en los predios de su imaginación, que él espoleaba con la lectura apasionada de libros y los paraísos en blanco y negro de una televisión en mantillas que Antonio veía a ratos en la casa de unos vecinos. Antes de poder dedicarse plenamente a su producción literaria, se formó estudiando Historia del Arte en la Universidad de Granada y la carrera de periodismo en la de Madrid. En los años ochenta se estableció en Granada, donde trabajó como funcionario municipal, desempeñando una importante labor como asesor del Ayuntamiento de la ciudad en el área de cultura. Muy pronto empezó a colaborar como columnista en el diario Ideal, lo que, con el tiempo, daría origen a su primer libro importante de artículos: “El Robinsón urbano”.

Resultaría muy fácil para mí, insistir en una historia que siempre resulta rentable en términos de prestigio: la del escritor humilde que se hace a sí mismo, superando penurias económicas e incomprensiones de todo tipo. No voy a hacerlo. Prefiero el axioma shakesperiano que afirma que no importa lo que hicieron con nosotros, sino lo que nosotros hicimos con los restos de aquello en que se convirtió nuestra vida.

Y la verdad es que el escritor de Mágina ha sabido construir todo un mundo literario que se resume en libros fundamentales, aparte de los ya citados, y que paso a enumerar: “El invierno en Lisboa” (Premio Nacional de Narrativa y Premio Nacional de la Crítica).- “Las otras vidas”.- “Beltenebros”, una novela de amor e intriga en el Madrid de la posguerra que desarrolla un decidido homenaje a la novela policíaca.- “El jinete polaco” (de nuevo Premio Nacional de Narrativa, además de Premio Planeta 1991).- “Los misterios de Madrid”, un hermoso serial publicado en capítulos en el diario “El País”, con claras referencias –homenaje a la literatura folletinesca de Eugenio Sué y sus “Misterios de París”.- “El dueño del secreto”.- “Ardor guerrero”, la novela que quiero pensar enterró para siempre la práctica del servicio militar obligatorio para los jóvenes de este país, mediante la demostración de las falacias que se ocultan en el poder bajo el concepto de Patria.- “Plenilunio” (Premio “Fémina Etranger” a la mejor obra extranjera publicada en Francia, y a la vez premio “Elle” y “Crisol” a la calidad

literaria.- Así hasta un total de 16 libros de narrativa de culminan con el último hasta el momento, publicado en 2006, bajo el título de “El viento de la luna”.

Además, nuestro escritor es autor de siete libros de ensayo, entre los que me gustaría destacar, por su conexión con el universo narrativo: “Córdoba de los Omeyas”, “La verdad de la ficción” o “Escrito en un instante”, en los cuales rinde homenaje a sus maestros con respeto y generosidad y nos transmite emociones perennes que nos permiten entender a fondo las claves del resto de la obra de ficción.

Tampoco debemos olvidarnos de otros seis libros misceláneos, alguno de ellos con la común peculiaridad de recoger artículos periodísticos del autor; todos de gran sagacidad de observación y cuidado lenguaje, o bien de un libro tan audaz como “Ventanas de Manhattan”, uno de mis favoritos y que constituye un espléndido diario de viajes, género no muy cultivado en España, espléndido intento de novela sin argumento en la que se entrega a esa ciudad americana que el novelista ha hecho suya. Por cierto, es obligado reseñar que también en la faceta periodística no solo ha logrado la devoción de millares de lectores, sino que también ha recibido los galardones más importantes a nivel nacional: el “Mariano de Cavia”, y el “González-Ruano” por sendos artículos publicados en el año 2003.

La vida y la obra del escritor habían cambiado. Antonio comenzaba a respirar el viento de la luna desde su ventana abierta a la literatura de calidad. En el año 1995, cuando contaba tan solo 39 años, es elegido académico de número de la Real Academia Española de la Lengua, desatando un entusiasmo generalizado entre la multitud de sus lectores y, ¿por qué no decirlo?, alguna que otra aviesa lanzada de la multitud de envidiosos que, a falta de otro argumento, opinaban que era demasiado joven para codearse con los inmortales; discusión que Muñoz Molina resolvió con su elegancia habitual, recordando que la juventud es una enfermedad pasajera que se cura con los años, con lo que acalló la flatulencia de esa gente de la hierba mala con la que toda persona importante tropieza alguna vez a lo largo de su vida.

El trabajo de esta nueva actividad de inmersión en el alma mater de la lengua española, que desde siempre ha constituido para Muñoz Molina una pasión arrebatadora, se ha visto recompensado con la posibilidad de poder colaborar con la docta institución en las tareas que esta tiene encomendadas desde su fundación, a la vez que él mismo se ha enriquecido con el contrato de los honorables miembros de aquella, que han profundizado con sus saberes en la ya sólida formación lingüística de nuestro inminente compañero de claustro. Por cierto, me parece de justicia citar aquí una hermosa coincidencia: el mismo día del nombramiento como académico de Muñoz Molina, se leía en la Universidad de Granada una tesis doctoral sobre su obra, un

riguroso estudio de la profesora Lourdes Cobo en donde se le reconocía como lo que es y ya era en aquel momento: un verdadero autor clásico de la literatura española.

Como complemento, y tal vez resultado, de esa abnegada dedicación al estudio de nuestra lengua, demostrada sobradamente y al margen de esa producción literaria y periodística a la que acabo de referirme, y que consiste en la tarea de pulir y dar esplendor al idioma español, se produjo el nombramiento de Muñoz Molina para dirigir, hasta mediados de 2006, la sede del Instituto Cervantes de Nueva York, esa segunda ciudad asumida por él como propia y repleta de hispanohablantes que necesitan del perfeccionamiento de la lengua como única manera de evitar ese pastiche lingüístico horroroso al que el nuevo director dedicara en 1999 una sátira feroz, en la mejor línea humorística de nuestra tradición literaria y que lleva por título “Carlota Fainberg”, Adiós al spaninglish”.

Los reconocimientos de todo tipo serían innumerables y harían de esta relación una muestra excesivamente tediosa. No obstante, sería injusto omitir premios como el “Euskadi de Plata” de 1997, concedido a una actitud ética que ha sabido denunciar con valentía y sin demagogias los yerros de políticas autonómicas erráticas. También es obligado señalar que son innumerables los trabajos académicos acerca de su obra y un hecho frecuente le rotular con su nombre diferentes aulas de cultura, colegios y centros de Enseñanza Media y hasta callejeros de ciudades como Úbeda y Jaén, un reconocimiento indispensable hacia una persona sencilla que nunca ha rehuido el encuentro con colectivos que solicitaban su presencia, sacando tiempo entre sus múltiples ocupaciones para departir con ellos, muy alejado de la actitud endiosada de personajes de menor mérito. Ante tanto escritor de segunda fila empeñado en construirse una estatua cateta en el corazón mismo de la ignorancia, a base de sus exiguos méritos, Muñoz Molina ha estado siempre en donde tiene que estar, al lado de la palabra hermosa y la idea profunda, sin olvidarse de quién es, ni cuál es la misión del escritor realmente comprometido. Lo demás, las medallas, se las hemos otorgado los admiradores de su obra. Él no ha pedido nunca nada.

Señalar que, debido a su pasión por el cine, tres de sus novelas (“Invierno en Lisboa”, “Beltenebros” y “Plenilunio”) han sido llevadas a la pantalla, contribuyendo a su difusión, aunque con resultados artísticos desiguales.

Pudiera pensarse que ya está todo dicho en cuanto a los méritos que adornan a nuestro novicio. Tal vez sea cierto y una relación mayor ofendería su modestia y la paciencia de ustedes. Pero no quisiera concluir sin dejar bien claro que esta obra literaria, más allá de sus méritos como libros aislados, han logrado algo que solo está al alcance de los elegidos: construir un espacio propio a través de la creación literaria.

Este espacio se llama “Mágina”, la ciudad elevada a la categoría de mito gracias a su cuidada recreación de un microcosmos inconfundible por el que deambulan personajes, paisajes, y situaciones que dejan de ser lo que son y de pertenecer al ámbito geográfico y humano por el que deambula la vida cotidiana, para pasar a formar parte de la galería de los sueños. Una “Mágina” compañera de espacios como Macondo, Oleza, Vestusta o cualquiera de los hermosos nombres de libros que dejaron su primera piel a la vera del sendero literario para encarnarse en la rotundidad de los nuevos espacios míticos por los que serán reconocidos en la intimidad por los miles de lectores que asisten con gozo a la metamorfosis.

“Mágina” se alza en esta narrativa como la frontera imprecisa entre fantasía y realidad, mediante la cual su creador desarrolla una cuidada técnica que hace convivir sin fisuras a ambas, de un modo natural que no excluye la coexistencia de las expresiones más depuradas y el lenguaje de la calle, cuidado con mimo de entomólogo. Todo ello conduce al autor a narrar, en términos de un realismo descriptivo tradicional, sucesos de la más pura imaginación y hasta los mil fantasmas que le rondan por la cabeza y que permanecen altivos en el relato con la gallarda apostura de ese jinete polaco que galopa por los espacios de lo imposible.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera a don Antonio Muñoz Molina el supremo grado de Doctor “Honoris Causa” por la Universidad de Jaén.